

Treinta y cinco años de amistad

CARLOS DARDÉ MORALES

Traté a don Vicente –como siempre le llamé– de forma intermitente, a lo largo de treinta y cinco años, entre 1962 y 1997. Me beneficié considerablemente de su ayuda y consejos durante mi época de estudiante universitario de licenciatura y doctorado, aunque nunca me dio clase. Una vez incorporado yo a la docencia universitaria –a partir de 1985, sobre todo– establecimos una relación más personal, casi exclusivamente centrada en cuestiones relativas a la vida intelectual y la situación de la Universidad. En las siguientes líneas contaré algunos episodios de un trato que comenzó de forma un tanto convencional y terminó siendo realmente confiado y amistoso.

Mi primer recuerdo de Cacho data de octubre de 1962, cuando yo tenía dieciséis años y acababa de empezar los estudios de Filosofía y Letras en la Facultad de la Complutense. Desde hacía poco más de un año había comenzado a frecuentar un centro juvenil del Opus Dei, en el barrio de Argüelles de Madrid, y fui invitado a asistir a una convivencia –así la llamaban– en una finca maravillosa, Molinoviejo, que la Obra tiene en la provincia de Segovia, en la falda de la "Mujer Muerta". Allí, al borde de la piscina, tuve mi primera conversación con aquel joven profesor –para mí, bien mayor– que acababa de publicar su libro sobre la Institución. Me acuerdo vagamente del contenido de nuestra charla acerca de mis profesores de primer curso en la Facultad –Luis Morales Oliver, Antonio Millán Puelles... –, y de lo que debería hacer para aprovechar el tiempo.

Coincidió con don Vicente en los siguientes años, pero no recuerdo ni cuándo ni dónde. Al aproximarse, en 1968, el fin de la licenciatura, que terminé en la Universidad de Murcia, le escribí al Colegio Mayor Moncloa de Madrid, donde residía entonces, para pedirle consejo sobre la tesina que iba a preparar bajo la dirección del catedrático de Contemporánea de aquella Universidad, Luciano de la Calzada. Nos vimos en el Colegio Mayor y Cacho me animó a ser ambicioso y –aún trabajando en archivos locales, como yo pretendía–, a abordar un tema relevante, lejos de la erudición localista. Le gustó la elección que hice del corregimiento de Martín de Garay en la ciudad de Murcia, a comienzos del siglo XIX, y me dio orientaciones bien

precisas sobre la bibliografía acerca de la Ilustración española, y la trayectoria de los ilustrados que, como Garay, colaboraron con Fernando VII en las distintas etapas de su reinado.

Para sorpresa de muchos –incluido yo mismo–, recibí el premio extraordinario de licenciatura tras presentar aquella tesina ante un tribunal presidido por el medievalista Juan Torres Fontes, de cuyas clases y trato guardo el mejor recuerdo. Animado por aquel éxito, que me permitiría obtener una beca de formación de personal investigador, decidí hacer la tesis doctoral sobre algún aspecto de la historia política de la Restauración, época que me atraía especialmente porque me parecía que en ella se encontraban los inicios de la España en la que yo estaba viviendo, y cuyo conocimiento tenía inmensas lagunas; en 1969 Martínez Cuadrado publicó su libro sobre elecciones y partidos políticos entre 1868 y 1931, que era una buena guía de interrogantes y problemas de interpretación.

Se lo comenté a Cacho, esta vez en su despacho de la Universidad Complutense de Madrid. Le pareció muy bien mi dedicación a un período que también era el suyo y me aconsejó que dirigiera mis esfuerzos hacia la izquierda del sistema político, hacia Sagasta y el partido liberal, temas que estaban mucho menos trabajados que Cánovas y los conservadores acerca de los que, al menos –dijo–, teníamos la obra de Melchor Fernández Almagro. También le comenté a don Vicente que me gustaría mucho que el director de mi tesis fuera don José María Jover. La colaboración de Jover en el famoso *Manual de Historia de España* me tenía deslumbrado; aquél era el tipo de historia al que yo quería aproximarme, con la inclusión de la realidad española en el contexto europeo y la integración de los distintos campos de la actividad humana, especialmente de la vida intelectual y artística. A Cacho le pareció que era la mejor elección posible y él mismo le habló a Jover de mí. Gracias a su mediación, tuve una entrevista con don José María en el antiguo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, en la que aceptó la dirección de mi tesis sobre *El Partido Liberal de la Restauración, 1875-1890*, que presenté cinco años más tarde, en 1974.

En los siguientes años apenas si tuve relación con Cacho. Nuestro reencuentro tuvo lugar en la Fundación Ortega y Gasset, en Madrid, donde él se había instalado tras su vuelta de Barcelona. Yo, tras unos años en la enseñanza media, me había incorporado a la docencia universitaria en Santander, en 1980, y comencé a acudir regularmente a la Fundación con motivo del proyecto sobre la vida política en la Restauración que, bajo la dirección de José Varela Ortega, iniciamos en 1985. Creo que don Vicente se alegró mucho de verme reintegrado a la Universidad –en un Departamento, además, dirigido por Juan Pablo Fusi–, y con una clara orientación investigadora. A partir de entonces nos vimos muy frecuentemente; casi siempre que yo acudía a Madrid le llamaba y quedábamos en su despacho o almorzábamos juntos. De la etapa que se inició entonces, recuerdo especialmente cuatro episodios.

En septiembre de 1986 fuimos juntos a la boda de un colega y amigo común, Germán Rueda, con Gabriela Arribas, en el Monasterio de Guadalupe. Yo conducía mi viejo R-5, repintado de amarillo. En el viaje de vuelta a Madrid, ya por la noche, en aquella tortuosa carretera, Cacho me habló ampliamente de él mismo, de la forma como entendía su vocación cristiana y su pertenencia al Opus Dei, y de las dificultades que, en la cambiante situación de la Iglesia Católica durante las últimas décadas, había encontrado para llevar el estilo de vida que consideraba más coherente. A mí, todas aquellas preocupaciones me eran completamente ajenas desde hacía bastante tiempo, pero me admiró la lealtad y la fortaleza de espíritu de don Vicente para mantener sus compromisos, defender sus convicciones y actuar en consecuencia, superando obstáculos no precisamente pequeños. Afortunadamente para él, los momentos difíciles habían pasado y se encontraba tranquilo, sereno y cómodo en su situación presente.



Un momento de descanso en la excursión.

Yo sabía del gusto de Cacho por la montaña y que nunca había estado en los Picos de Europa. Así es que en 1988, aprovechando una estancia suya en Santillana del Mar –en un seminario organizado por la Fundación Santillana sobre Modernismo–, le propuse dar una vuelta en coche por la zona durante el fin de semana. Aceptó encantado y durante un par de días, estuvimos en Cabuérniga, viendo la casa de Augusto González de Linares donde se proyectó la Institución Libre de Enseñanza, y en San Vicente de la Barquera, recordando

las primeras colonias de verano de la Institución, y lo mucho que Giner apreciaba la belleza de aquel pueblo. Por el desfiladero de la Hermidá llegamos a Liébana y recorrimos el valle hasta Cosgaya y Fuente Dé. Al día siguiente, volvimos sobre nuestros pasos hasta Panes para dirigirnos luego a Covadonga y subir a los lagos. Tuvimos muchísima suerte porque hizo un tiempo magnífico y pudimos contemplar perfectamente y disfrutar del paisaje. Hablamos sin cesar. En los días que escribo esto he visto en el teatro ese manifiesto de la perfección que es *París, 1940*, de Louis Jouvet, e inmediatamente lo relacioné con Cacho y con aquel viaje. No, claro está, por la semejanza de los temas sino de la actitud vital y mental; pienso que, igual que el actor y director francés, Cacho tenía un mundo propio, vivía con absoluta intensidad su profesión, su dedicación intelectual, y buscaba constantemente el juicio más acertado, la interpretación más profunda de aquello que estudiaba, y su expresión más precisa. Yo cometí un error en aquel viaje. Para entonces ya había sustituido el viejo R-5 por un nuevo Peugeot 205, pero me pareció que iríamos mejor en el coche más amplio y cómodo de un amigo –que nada tiene que ver con la historia ni la Universidad–, a quien pedí que nos acompañara. Alguna concesión debimos hacer en nuestra continua conversación a cuestiones de actualidad pero sobre todo hablamos con pasión de nuestros temas de investigación, de la historiografía española –y naturalmente de sus autores–, y de la situación de la Universidad. Mi amigo –que siguió siéndolo a pesar de todo–, cuando nos despedimos el domingo por la noche, después de cenar en el Peña Prieta de Santander y de dejar a don Vicente en el hotel, me dijo que le habíamos puesto la cabeza como un bombo, que estábamos completamente locos, éramos inaguantables, y que ya me valía haberle metido en semejante excursión.

El tercer encuentro al que quiero referirme también tuvo lugar en Santander, el 15 de agosto de 1995, con motivo de un curso sobre el 98, dirigido por Santos Juliá, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el que participó Cacho. Me acuerdo que le acompañé, al terminar su conferencia, paseando desde el palacio de la Magdalena hasta el hotel en el Sardinero. Comentamos sus intervenciones en numerosos cursos y me dijo que no le suponían dispersión ninguna ya que siempre hablaba de los temas propios de su investigación, animándome a mí a hacer lo mismo. Me habló entonces de la que consideraba su próxima jubilación y de que no tenía ninguna confianza en obtener la condición de emérito.

La última vez que vi a don Vicente fue en El Escorial, en agosto de 1997, con motivo también de un curso de verano, en esta ocasión de la Complutense, sobre Antonio Cánovas del Castillo, dirigido por Esperanza Yllán. Era la primera vez en mi vida que compartía cartel con Cacho. Para mí un triunfo, pero en circunstancias bien tristes. Cambiamos el orden de intervención previsto en el programa para que don Vicente hablara a primera

hora de la mañana. Le trajo en coche Florentino Portero. Estaba muy desmejorado pero conservaba una gran fuerza. Habló casi dos horas sobre el tema de las morales colectivas en la España de finales del siglo XIX. Después nos dejó.

Me enteré de la muerte de don Vicente en Toledo, en la residencia de San Juan de la Penitencia que la Fundación Ortega y Gasset tiene en la ciudad. Celebrábamos un seminario preparatorio de la publicación de *El poder de la influencia*, aquel proyecto sobre la vida política en la Restauración que iniciamos en 1985 y que, por fin, estábamos terminando. Pepe Varela nos dio la noticia y volvió a Madrid con objeto de preparar la ceremonia que tendría lugar al día siguiente en el jardín de la Fundación. A la emoción de aquellos momentos ha sucedido en mí el recuerdo agradecido, el disgusto por una desaparición tan prematura, y la pena de no contar más con aquellas conversaciones siempre tan interesantes y, en ocasiones, tan divertidas.